

lo comprime; pero solo lo toca la fé de algunos pocos. Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen, y, segun la expresion de S. Lucas, lo afligen y lo molestan: *Turbæ te opprimunt et affligunt*; los conventículos de los judíos, las reuniones de los herejes, que se llaman cristianos, y que no quieren saber nada de la verdadera fé y de la verdadera ley de Jesucristo.

Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen y lo molestan, mucho más que los mismos herejes, la multitud de malos católicos, que dicen creer en la verdadera fé de Jesucristo, y que, entre tanto, ni con sus palabras ni con su conducta dan señales de ser cristianos.

Finalmente, son turbas que comprimen y afligen á Jesucristo, esas turbas de cristianos, que, atraídas por la novedad, por la melodia de la música ó por el atractivo de torpes pasiones, entran alguna vez en los sagrados templos, sin saludar siquiera á Dios. ¡Ay! Son pocas las almas que, como la hemorroisa, tocan y honran con su fé el cuerpo del Señor, siendo hoy mucho más numerosas que nunca las turbas de los que lo comprimen y afligen. ¡Oh turbas desdichadas! las cuales, así como al presente son un peso á la misericordia del Señor, así tambien sufrirán un dia todo el peso de su justicia; y si ahora son molestas y enojosas para Jesucristo, serán un dia arrojadas, oprimidas y afligidas por él.

Procuremos nosotros, hermanos míos, no ser del número de esos desdichados. Coloquémonos al lado de esas almas verdaderamente piadosas y fieles, que no por ser desconocidas, dejan de existir en número considerable, y que, á imitacion de la hemorroisa, caminan siempre en pos de Jesucristo, y mientras tocan exteriormente sus vestidos, con su ejemplar conducta, penetran hasta su alma con la sinceridad de su fé, con la humildad de su espíritu y con la pureza de su corazon. Nosotros tambien curaremos de nuestras enfermedades, y á la hora de la muerte se dirá á nuestra alma, como á aquella heroica mujer: Hija mia, nada tienes que temer. Grande, sincera y eficaz ha sido tu fé; ella te ha salvado en el tiempo, y ahora te salva en la eternidad. Así sea.

HEREJES, véase: IGLESIA (SUS CARACTÉRES).

HERMOSURA.

Non concupiscat pulchritudinem ejus cor tuum.

No codicie tu corazon la hermosura de la mujer.

(Prov. vi, 25.)

El principal empeño del cristiano debe consistir en amar á su Criador. Amar á Dios, es el colmo de la sabiduria, la obra maestra de la gracia, el principio y fin de toda la ley, el gran negocio del tiempo y de la eternidad, la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y la dicha del hombre sobre la tierra. Por el precepto del amor, empezó Dios á darse á conocer á las criaturas; y ño contento con haberle grabado en el fondo de nuestros corazones por la naturaleza, le grabó con su dedo en las tablas de la ley, y quiso, que todas sus obras cooperasen á inspirarnos el amor. Nosotros no amamos sino tomando por objeto la belleza y la bondad de las cosas; desde el momento que estamos en relacion con un objeto, le amamos indispensablemente, si en el objeto se encuentra la hermosura y la bondad. Queriendo, pues, el Señor, que le rindamos constantemente el tributo de nuestro amor, nos ha puesto á la vista algunos rasgos de su hermosura y bondad, en la magnificencia y en los atractivos de que ha dotado á las criaturas. En los cielos, ha extendido la inmensa bóveda de azul que encanta nuestros ojos, y ha suspendido esos globos de fuego que giran sobre nuestras cabezas; para que, calculando por su hermosura la del Criador, nuestra alma se elevase constantemente hácia él. Por igual motivo cubre los campos de doradas mieses, matiza los prados de flores, puebla el aire de encantadoras avecillas. Todo, en el vasto cuadro de la naturaleza, nos obliga á exclamar: Dios mio, si tan bellas son vuestras obras, si tan persuasivos son los atractivos que habeis dado á las criaturas para conmover nuestro corazon, ¿podríamos ménos de admirar y amar vuestra hermosura, origen de toda belleza, y única que puede dejar satisfechos los deseos de nuestro corazon, y hacernos eternamente felices?

Hermanos míos, ya sabeis que este mundo no es nuestra verdadera patria, sino un lugar de destierro. A pesar de todas las maravillas

que comprende, no es sino un bosquejo de otro mundo más perfecto, en donde se contempla la infinita hermosura del Criador. Más allá de este pequeño teatro lleno de hermosuras mezquinas y transitorias, hay el reino de la belleza increada y de la felicidad perfecta. Aspiremos, pues, á la posesion de este reino por medio del amor divino. La belleza es el origen del amor; contemplemos, pues, esas bellezas mezquinas, que nos rodean, para elevarnos á la contemplacion y al amor de lo Bello absoluto, el único que puede proporcionarnos complacencias eternas. Pero, entre las bellezas criadas, hay algunas, que cautivan fuertemente el corazon, é impiden al alma elevarse hácia su Criador; hay algunas, que si son origen de amor, lo son tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo. Apartemos la vista de estas hermosuras, que nos arrastran al mal. No codicie tu corazon, nos dice el Señor, la hermosura de la mujer. Ved ahí cuál debe ser nuestra conducta con respecto á los objetos bellos. Contemplar la belleza de los unos, para elevarnos á la contemplacion y al amor de Dios; precavernos de los otros, para que no nos pongan en peligro de ofender á Dios; ved aquí lo que me propongo demostraros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nuestra naturaleza está constituida de modo que, á la vista de lo bello, se admira, y en su deseo se goza, y en su posesion se satisface. Y cuanto más deslumbrante es la belleza, cuanto más se armonizan en ella la variedad y la unidad, tanto es más viva la admiracion, más íntimo y entusiasta el deseo, y mayor la complacencia. El universo es un admirable cuadro de bellezas, que ni se presentan todas á nuestra vista, ni se revelan todas á un tiempo. Vemos bellezas en la naturaleza cuando, encapotado el horizonte, nos oculta gran parte de la magnífica obra de la creacion; bellezas vemos en la naturaleza cuando, á favor de un dia sereno y de una luz brillante, nos descubre todo el grandioso panorama del universo. Y sin embargo, de que todas estas bellezas parciales, que nos seducen y encantan, nos inculcan la existencia de lo Bello absoluto, con todo, pocos saben elevar su espíritu á la contemplacion de esa belleza superior y absoluta, que por tan variados modos nos descubre la naturaleza creada.

Y estas bellezas parciales absorven la atencion del hombre, elevan su corazon y su espíritu, abren un vastísimo campo á su fantasía, y le hacen remontar sobre gran número de pequeñeces. ¿Qué sería, pues, si el hombre pudiese centralizar todas estas bellezas en un punto comun, que fuese la sintesis de lo bello? ¡Oh! ¿cuánto se hubiera de gozar el hombre en semejante contemplacion? Pues bien, hermanos

mios, este espectáculo, esta complacencia, está al alcance de todos los que comprenden, que la vision de Dios es la suprema belleza, el origen y la fuente de todo lo bello, el colmo de la hermosura y la felicidad sin límites. Allí, en la vision de Dios, están reunidas todas las excelencias y perfecciones, todas las luces, todas las armonías, todas las virtudes y cualidades; la eternidad, la inmensidad, el sér, la necesidad de la bienaventuranza, y el risueño aspecto del universo. Para expresar tanta grandeza, faltanle palabras y símiles á la elocuencia del hombre, y aún la imaginacion cede á la importancia de la gloria que admira. Fijemos pues la atencion, como nos dice el Apóstol, en los objetos visibles, para elevarnos al conocimiento de las cosas invisibles; y escogiendo las bellezas más exquisitas y primorosas de la naturaleza, y formando con ellas un grupo, acostumbremos á elevar nuestro espíritu á la region superior de la belleza increada.

Levantad, pues, los ojos hácia el cielo: ¿y quien podrá contemplar, sin admiracion y asombro, la inmensa bóveda del firmamento, y el número sin cuento de radiantes astros, que parecen otras tantas piedras preciosas que tachonan el azul de los espacios? ¿Quién podrá ménos de admirarse, al contemplar la majestad con que asoma en el horizonte la aurora, el dorado tinte que dá á las plantas y á los montes y á las aguas la luz del astro del dia, el movimiento de las nubes en el espacio, y los cambiantes que en ellas producen el reflejo y la direccion de la luz? Y si á este grandioso espectáculo añadís el murmullo de las aguas, el canto de las aves, que trinan en las frondosas arboledas, ¿podreis ménos de unir vuestra voz al expresivo concierto con que las criaturas todas ensalzan el poder y la grandeza de Dios?

Y cuando las sombras de la noche se desprenden de las cimas de los montes sobre las llanuras, cuando la luna platea los rios y los mares, y cubre con una delicada gasa á la naturaleza dormida, ¿dejareis de aperebiros de las bellezas sin cuento que el mundo encierra? Y estas maravillas se reproducen con una regularidad constante, sin perder jamás un punto de su grandeza, de su magnificencia y de su belleza. Bien podremos pues exclamar con el Profeta rey, que los cielos pregonan la gloria de Dios, y que el firmamento anuncia las obras de sus manos; y que sucediéndose el dia á la noche, y la noche al dia, elevan constantemente un coro de alabanzas que tiene eco en todos los confines del universo, coro de alabanzas á que no hay lengua ni pueblo que permanezcan mudos.

Y si tan extraordinaria y sorprendente es la belleza de los objetos corpóreos, calculad cual será la hermosura del Sol de justicia, que

ilumina los montes eternos de la celestial Jerusalem. No pueden compararse ciertamente con los primores de su hermosura, ni la majestad del océano, ora presente tranquila su superficie, ora levante sus entumecidas olas sobre montes de blanca y agitada espuma; ni la frescura de la brisa, ni el variado matiz de los campos y de los prados, ni todos los rasgos de belleza que pudiéramos encontrar en el mundo, ora fijemos la vista en el reino vegetal, ora en el mineral, ora en el animal, donde la ciencia y la imaginación humana se pierden entre la fecunda y portentosa variedad de peces, cuadrúpedos, aves y reptiles. Si tantas son las bellezas de las criaturas, ¿cuánto mayor habrá de ser la hermosura de su Hacedor supremo?

Por lo demás, el movimiento y la quietud, la luz y las tinieblas, el curso de los astros, y la alternativa de las estaciones, no son bellezas pasajeras y fugaces, sino bellezas estables y permanentes. La luz, que velan á nuestra vista las sombras de la noche, pasa á iluminar á otros; y mientras el otoño nos arrebató las últimas hojas de los árboles, simultáneamente reproduce la primavera sus primores en otras comarcas. Y esta constante alternativa parcial, que se armoniza con la unidad constante de tan grandioso espectáculo, produce la variedad en medio de la unidad. Sin la variedad, la monotonía contribuirá, tal vez, á hacer ménos notable la belleza; sin la unidad, faltaría la grandeza del espectáculo. Figuraos, por un momento, que podeis trasladaros rápidamente de unas comarcas á otras, y presenciareis la uniformidad del espectáculo que nos ofrece la naturaleza, sin perjuicio de su variedad; y os convencereis de que todas las bellezas mencionadas, y que el decurso de las estaciones y de las vicisitudes atmosféricas ponen á nuestra vista en todas las comarcas, se realizan, á la vez, y á todas horas, por la fecunda virtud del Omnipotente.

De aquí debemos colegir, que el universo es como una vasta pirámide, en la cual están eslabonadas todas las bellezas, hasta terminar en la cúspide, donde tiene su asiento la belleza suprema, la belleza infinita, la belleza que reside en los cielos, Dios, nuestro Hacedor. El mundo es como una cadena, cuyos eslabones se enlazan mutuamente, hasta llegar al último, que está pendiente del dedo de Dios como lo está toda la creación. El mundo es una circunferencia, cuyos radios se encuentran en el centro común, que es Dios. El mundo es un precioso tejido, cuya urdidumbre es obra exclusiva de Dios, y revela la omnipotencia y el talento de su Hacedor. El mundo es un armónico conjunto de voces, que aspiran á enaltecer la unidad del Dios de la creación.

Pues bien, en vista de todas estas bellezas fugaces y pasajeras que

nos revelan la existencia de otra belleza infinitamente superior y eterna, ¿podremos ménos de elevar á ella nuestra consideración? ¿podremos ménos de recordar, que las admirables obras de este mundo solo deben hacernos concebir la grandeza de su Hacedor, que nos las facilita para que le amemos y le agradezcamos tantas finezas, prescindiendo el justo tributo de respeto y gratitud á que tiene derecho, y que promete recompensarnos con premios infinitos en la otra vida? Acostumbrémonos, pues, á contemplar la belleza de los objetos de la creación, para elevarnos cada vez más al amor y á la contemplación del Señor, en quien está nuestra felicidad en esta vida y en la futura.

2. Mas apartemos la vista de cierta hermosura terrible, que alimenta y atiza el fuego de las pasiones. Colóquese el hombre en vista de una persona en quien se descubra este don terrible, y si no le preserva la égida de Dios, experimentará sus terribles efectos. Por rebelde, por orgulloso que sea, cederá como un niño á los piés del objeto que le ha subyugado con una mirada. Esta belleza es origen de las mayores desolaciones que se experimentan en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos tan raro presente. Apartémonos, pues, de ella, tomemos precauciones contra sus engaños, y no olvidemos, que es una flor que se deshoja con los años, y que, al fin, se pierde entre el polvo de una tumba.

Las personas á quienes la naturaleza ha dotado de sus gracias, deben recatarse de la vista de los hombres. Hay algunas que, confiando excesivamente en sí mismas, no temen dejarse ver con frecuencia en reuniones, en que se corren graves peligros de perderse. Creen que la modestia es bastante para poner coto al atrevimiento, y para contener el ímpetu fogoso de la juventud. Pero ¡ay! ¡cuán á pesar suyo conocen á veces prácticamente la insuficiencia de este medio, para precaverse de una funesta caída! La incauta hija de Jacob, por exponerse á la vista de los hombres, fué víctima de su propia hermosura, dejándose coger en los lazos de Sicheu, que se apoderó de ella á viva fuerza. Lo repetimos, la belleza es un enemigo doméstico, más terrible de lo que se cree; es un combustible, que enciende y alimenta el fuego de las pasiones, y una vez excitadas las pasiones, se necesita todo el poder de la gracia para apagarlas.

¿Qué diremos, pues, de las personas que hacen gala de ostentar su belleza, aún cuando no sea con mala intención, y sí únicamente por efecto de su frivolidad? No seré yo quien me atreva á decir, que las jóvenes cristianas hayan de sepultarse en vida, absteniéndose de toda comunicación con el siglo; sé bien, que hay ocasiones en que no es

posible desentenderse de ciertas atenciones fundadas en la urbanidad, y en los principios de una sociabilidad bien entendida; la religión no reprueba estos principios; pero reprueba y condena en alta voz, los excesos que con ellos se pretenden cohonestar, en detrimento de la virtud y con mengua de la moralidad. El recogimiento, el retiro doméstico, son dotes que deben brillar en las jóvenes cristianas, si no quieren exponerse á ser vencidas por el mundo, en vez de vencerle á él.

Dios de toda hermosura, haced que luchemos contra los peligros de cierta hermosura, que es uno de los más terribles enemigos de la virtud; y que contemplemos aquellas bellezas inocentes, que elevan nuestra alma á vuestro amor, y al deseo de veros cara á cara en la pátria celestial; que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HERMOSURA.—Como Dios nos ha dado la hermosura para realce de nuestra inocencia, la hermosura de los hombres no es una verdadera hermosura, cuando no la acompaña la inocencia.

Como Dios ha embellecido el alma, haciéndola á su imágen, los hombres y las mujeres deben cuidar más de la hermosura del alma que de la hermosura del cuerpo.

HERMOSURA DE LOS MUNDANOS.—Infunde orgullo en las personas que la cultivan con afectacion.

Pone en riesgo á las personas que satisfacen su curiosidad contemplándola.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Speculatores facti illius magnitudinis. II Petr. I, 16. Hemos sido testigos oculares de su grandeza.

Quorum si specie delectati, deos putaverunt, sciant quanto his dominator eorum speciosior est: speciei enim generator hæc omnia constituit. Sap. XIII, 3. Los que encantados de la belleza de tales cosas (las cosas creadas) las imaginaron dioses, debieron conocer cuanto más hermoso es el dueño de ellas; pues el que crió todas estas cosas es el Autor de la hermosura.

A magnitudine enim speciei et creaturæ, cognoscibiliter poterit creator horum videri. Idem, ibid. 5. Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, se puede á las claras venir en conocimiento de su Criador.

Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius. Eccli. IX, 5. No pongas tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasion de tu ruina.

A verte faciem tuam à muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam; propter speciem mulieris multi perierunt. Idem, ibid. 8 et 9. Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada, y no mires estudiosamente una hermosura ajena; por la hermosura de la mujer muchos se han perdido.

Speciem mulieris alienam multi admirati, reprobati facti sunt. Idem, ibid. 11. Muchos, embelesados de la belleza de la mujer ajena, se hicieron réprobos.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La hermosura, cuando va acompañada de la virtud, es como un vestido precioso que completa la belleza del alma: pero cuando va separada de toda virtud, y muy principalmente de la modestia, suele ser una piedra de escándalo en que tropiezan innumerables incautos. Así lo vemos en varios ejemplos de la historia sagrada. En ella se nos hace un bello elogio de la hermosura de Rebeca; pero, al propio tiempo, se le dan los preciosos títulos de muy casta y muy humilde. Estas virtudes fueron el alma de su hermosura, y contribuyeron á hacerla una heroína, una hermosa madre de familia (GEN. XXIV).

La hermosura de la virtuosa Judit, cautivando, contra su intencion, los ojos del obsceno y orgulloso Holofernes, fué el arma más poderosa de que la revistió el Señor, para decapitar á aquel tirano, librando así de un vergonzoso cautiverio al pueblo de Betulia (JUDIT, X Y SIG.).

En el libro de Ester vemos lo que sufre una hermosura vana, y lo que puede una hermosura modesta y humilde. Llamada por Asuero la reina Vasthi á su convite con las damas de su corte, con el fin de poder celebrar la hermosura de su esposa, ésta rehusó presentarse, desobedeciendo con orgullo el mandato del rey; por cuyo motivo fué repudiada y degradada de su dignidad (CAP. I). Por el contrario, la hermosa Ester, por su humildad, modestia y continencia llegó á cautivar á Asuero, obteniendo su mano, y salvando su vida y la de todo su pueblo judío (CAP. II HASTA EL IX).

No debemos omitir aquí la realización de la sentencia del Espíritu Santo: *Multi propter speciem mulieris perierunt* (ECCLI. IX) en el incauto Sanson; quien, enamorado de la hermosura de Dalila, y vendido traidoramente por ella, cayó bajo el pesado y vergonzoso cautiverio de los filisteos (JUDIC. XVI).

Absalon era el más hermoso de todo el pueblo de Israel, (II REGEM XIV); pero especialmente se gloriaba de su hermosa cabellera. Mas ¿de qué le sirvió? La hermosura, haciéndole osado, le convirtió en rebelde y parricida. La hermosa cabellera fué el dogal que le dejó pendiente de una encina (IBID. CAP. XVIII).

PASAJES DE LOS SANTOS PADRES; véase: MODESTIA.

HIDRÓPICO DEL EVANGELIO.

(EL)

Homo quidam hydropicus erat ante illum.
Se puso delante de él un hombre hidrópico.
(LUC. XIV, 2.)

El Hijo de Dios, movido de su gran compasión hácia los hombres, que gemían bajo la esclavitud del pecado y del demonio, vino á la tierra para redimirlos y salvarlos de la muerte eterna, á costa de su sangre y de su muerte. Jesucristo anduvo siempre en pos de los pecadores para convertirlos; pero, como había venido principalmente para salvar á los judíos, les manifestó de un modo especial los rasgos de su infinita bondad. Los fariseos, los escribas y doctores de la ley, eran, entre los judíos, los más retraídos de Dios por sus vicios; por esto Jesucristo se mostró más solícito de su conversión, y anduvo en busca de ellos, valiéndose de todos los ardides del más tierno amor y de la caridad más generosa. En vano, rebeldes siempre y desagradecidos á la voz de su amor, trataron de perderle; ántes se cansarán de perseguirle, que la misericordia de Jesús se canse de ir en busca de ellos. Con efecto, no contento el Señor con predicarles las más importantes verdades en la Sinagoga y en el templo, no se desdenó

de sentarse á comer con ellos, no abandonando el pensamiento de procurar su salvación, hasta que consumaron ellos el horrible misterio de su reprobación.

Pero, no nos contentemos con esta doctrina general; veámosla practicada de una manera especial en la curación maravillosa del hidrópico, obrada por Jesucristo en el convite y en la casa de uno de los principales fariseos. Asistamos también nosotros, con el pensamiento y con un espíritu de verdadera fé, á este convite, santificado por la presencia de Jesucristo; veamos lo que en él obra y lo que en él predica, y procuremos alimentar hoy nuestras almas con el manjar espiritual de su sabiduría y de su amor. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El evangelista S. Lucas nos dice, que habiendo sido convidado Jesús á comer en casa de uno de los principales fariseos, fué á ella sin dificultad en un día festivo, es decir, en un sábado. ¡Cómo pues! el Salvador del mundo, venido al mundo para enseñar con sus palabras y con su ejemplo la mortificación, el ayuno y la penitencia, ¿se deja ver en un día de fiesta sentado en un espléndido banquete? Además, ¿no conocía él la intención venenosa y maligna de aquella raza de víboras, que continuamente le estaban asechando? ¡Ignoraba, por ventura, que aquel príncipe no lo había convidado por afecto ni por amor á su persona, sino por darse honor á sí mismo; es decir, para manifestar que recibía en su casa á un personaje tan distinguido, y venerado por los pueblos como un gran profeta? El Salvador conocía muy bien la profunda maldad que se abrigaba en el corazón de los fariseos; pero no se desdenaba de comer con ellos, para atraerlos con su predicación y con sus milagros á la penitencia y al perdón.

Puede decirse también, que, como en los convites era especialmente donde los fariseos, aquellos hombres tan indulgentes consigo mismos como severos con los demás, se olvidaban de Dios y de su ley, sepultando en la crápula y en la embriaguez todo remordimiento, todo resto de probidad, todo principio de religión; por eso el Señor asistía á ellos sin dificultad, para mezclar con su severa doctrina, en medio de las venenosas dulzuras de la carne, la amargura saludable que cura las almas. De la misma suerte esta misericordia divina viene á sorprendernos frecuentemente en nuestras criminales alegrías, siembra de espinas los caminos de nuestros desórdenes, adornados con rosas homicidas, nos acibara nuestros deleites, y del pecado mismo hace nacer el remordimiento, que destruye el pecado y salva al pecador.